

EDUCACIÓN Y HUMANISMO

Perspectivas y Propuestas

Carmen Romano Rodríguez
Jorge A. Fernández Pérez
Felipe Hernández Hernández
(Coordinadores)



BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Maestría en Educación Superior
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TLAXCALA
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
MMXIII

EDUCACIÓN Y HUMANISMO

Perspectivas y Propuestas

Carmen Romano Rodríguez
Jorge A. Fernández Pérez
Felipe Hernández Hernández
(Coordinadores)

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Maestría en Educación Superior
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TLAXCALA
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
MMXIII

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

Mtro. José Alfonso Esparza Ortiz

Rector

Dr. José Ciro Ignacio Morales Hernández

Secretario General

Dr. Alejandro Palma Castro

Director de la Facultad de Filosofía y Letras

Dr. Jorge Alejandro Fernández Pérez

Coordinador de la Maestría en Educación Superior

y Líder Cuerpo Estructura, Formación y Práctica Profesional

Mtro. José Carlos Blázquez Espinosa

Coordinador de Publicaciones de la FFyL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TLAXCALA

Dr. Víctor Job Paredes Cuahquentzi

Rector

Mtra. Rosa Ortega Landeros

Directora de la Facultad de Ciencias de la Educación

Dr. Felipe Hernández Hernández

Líder Cuerpo Académico Gestión y Políticas Educativas

Los argumentos, ideas y opiniones presentados en cada uno de los capítulos que integran esta obra, son responsabilidad de cada uno de los autores.

Portada: imagen gratuita de <http://milenioscopio.blogspot.mx/2009/11/profesor-en-universidad-medieval.html>

Primera Edición: 2013

ISBN: 978-607-487-583-6

© Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

4 Sur 104

Facultad de Filosofía y Letras

Av. Juan de Palafox y Mendoza 229

Col. Centro Histórico, C.P. 72000, Puebla, Pue., México

Tel. (222) 2295589

ISBN: 978-607-7698-99-9

© Universidad Autónoma de Tlaxcala

Calle del Bosque s/n

Tlaxcala Centro, C.P. 90000, Tlaxcala, Tlax., México

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

ÍNDICE

Presentación	13
--------------------	----

I. VALORES

¿Para qué la enseñanza de la ética?

<i>Gustavo Escobar Valenzuela</i>	19
---	----

La educación y los valores. Un acercamiento desde la filosofía

<i>José Ramón Fabelo Corzo</i>	29
--------------------------------------	----

Los valores en la educación bajo contextos internacionales
y nacionales

<i>Rodrigo García Díaz</i>	40
----------------------------------	----

Igualdad de género en educación superior. Un acercamiento
en carreras tradicionalmente masculinizadas

<i>Cirilo Rivera García</i>	48
-----------------------------------	----

Cultura escolar y cultura experiencial. Un acercamiento al
significado y las actuaciones eróticas de alumnas de bachillerato

<i>Judith Barrales López</i>	54
------------------------------------	----

Educación, Género y Valores a través de Talleres de Sensibilización

<i>Guadalupe Estela Peralta Santiago</i>	63
--	----

Ricardo Avilés *La búsqueda humanizante*. Fundamento
de la Universidad actual

<i>Luis Ángel Carro Pérez</i> <i>José Antonio Mateos Castro</i>	70
--	----

Tutoría desde una perspectiva Humanista. Una experiencia

<i>Nora Andrea Vega Platas</i> <i>Carmen Romano Rodríguez</i>	80
--	----

Una revisión *transmoderna* del concepto *Pertinencia*
en Educación Superior

<i>Gabriela Jiménez Bandala</i>	90
---------------------------------------	----

LA EDUCACIÓN Y LOS VALORES. UN ACERCAMIENTO DESDE LA FILOSOFÍA

José Ramón Fabelo Corzo
jrfabelo@yahoo.com.mx
FFyL, BUAP

INTRODUCCIÓN

Es posible abordar un tema como el que anuncia el título de este trabajo –la relación entre la educación y los valores– desde múltiples horizontes. Podemos tratar el asunto desde una perspectiva pedagógica, psicológica, histórica, sociológica, incluso, antropológica. Cualquiera de estos horizontes representa un aspecto necesario en el estudio del tema y puede ser generador de importantes e interesantes aportes en el tratamiento de un asunto que, por su complejidad y multidimensionalidad, exige el concurso de diferentes disciplinas. Un lugar especial dentro de ellas ha de ocupar la filosofía, por la integralidad que caracteriza su enfoque y la universalidad de su objeto de estudio. Sin el necesario trasfondo filosófico no podría ir muy lejos ninguna de las disciplinas particulares mencionadas. Por eso, en nuestro caso y en correspondencia con nuestra propia especialidad, enfrentaremos la cuestión desde esa dimensión más general, la filosófica, o la axiológica, si tenemos en cuenta aquella rama de la filosofía que estudia de manera especial el tema de los valores.

EDUCACIÓN Y VALORES

Comencemos por acercarnos a los dos conceptos básicos que animan esta relación: los valores y la educación. ¿Qué entender por ellos en un plano filosófico-axiológico general?

Sin pretender en el breve espacio de este trabajo un tratamiento amplio y exhaustivo del concepto (Ver: J. R. Fabelo C. 2007, *Los valores y sus desafíos actuales*, Lima: EDUCAP/EPLA), podemos señalar que los valores constituyen aquel mecanismo social que le permite al ser humano una relación selectiva con el medio que le rodea, orientarse en él y distinguir los elementos que poseen una significación positiva para su vida de aquellos que poseen una significación negativa, convirtiéndose así en reguladores de su conducta.

Sin embargo, cuando hablamos de la vida del ser humano, en relación con la cual el mundo exterior puede ser positiva o negativamente significativo, tenemos en cuenta no sólo la vida personal del individuo, sino también la vida de la especie misma, la de todos los individuos relacionados entre sí, la de la sociedad en su conjunto, la del género humano. Los valores aluden no sólo –y no tanto, diríamos- a lo que es significativo para el individuo, sino, sobre todo, a lo que es significativo para el ser humano genéricamente entendido.

Veámoslo en un plano más integral y complejo. Los humanos somos seres vivos. La vida se caracteriza por ser permanentemente un proceso autopoiético, es decir, un proceso que continuamente se crea y se recrea a sí mismo. La vida siempre nace de la vida y tiene en ella misma su supremo fin. En otras palabras, cualquier ser vivo está “obligado” por su propia naturaleza a tratar de mantenerse vivo, lo que significa estarse produciendo a sí mismo constantemente, alimentándose y protegiéndose de los peligros que le acechan desde el medio.

Para ello, todo ser vivo debe disponer de cierta capacidad que le permita distinguir en ese medio aquellos factores que tienen una significación positiva para su vida de aquellos que tienen una significación negativa. Sólo así puede garantizar su supervivencia. Quiere decir que esta capacidad no es privativa del ser humano, sino de todo el mundo vivo.

Y en todo el mundo vivo esa capacidad entraña la posibilidad de producir, reproducir y proteger la vida no sólo individual, sino también colectiva, a nivel de género. Por eso, en los individuos de cualquier especie podemos encontrar dos tipos de inclinaciones, una que podríamos llamar *egocéntrica*, vinculada a la supervivencia individual y una que calificaríamos como

genocéntrica, asociada a la protección y reproducción de la progenie. El hambre, la sed, el dolor, serían las expresiones sensibles de carencias metabólicas egocéntricas, mientras que los impulsos hacia el apareamiento, la reproducción, la alimentación y el cuidado de las crías, estarían relacionados con las inclinaciones genocéntricas.

Ambos tipos de inclinaciones tienen en los animales una base instintiva. La información genética, por una parte, y cierta capacidad de aprendizaje –que crece en la medida en que los organismos son más complejos–, por otra, les permite a éstos la adaptación necesaria al medio y la realización de sus funciones autopoiéticas, tanto las de naturaleza egocéntrica, como las genocéntricas. Cuando esta capacidad no es suficiente para adaptarse a las cambiantes condiciones del medio, el organismo individual desaparece y su especie también, al menos en los marcos de esas condiciones ambientales.

Ocasionalmente las inclinaciones egocéntricas y genocéntricas pueden entrar en una relación de conflicto. Un requisito de la vida misma es que en tales situaciones como tendencia prevalezca lo genocéntrico por encima de lo egocéntrico. La vida de la especie es jerárquicamente superior a la del individuo, posee prioridad biológica en relación con esta última. Y esto representa una condición necesaria de la vida misma. La especie puede prescindir de algunos de sus individuos, pero el individuo no puede vivir sin su especie. Sólo así puede explicarse, digamos, el dolor, el sufrimiento, los riesgos para la vida propia, que representa en muchas especies la propia procreación. El pingüino emperador macho es capaz de estar 120 días sin ingerir alimentos garantizando el cuidado de la descendencia. En algunas especies (como la *amaurobius ferox*) es usual que la madre, una vez que ha procreado, literalmente se deje comer viva por sus crías. Nada de ello sería explicable desde una lógica exclusivamente egocéntrica. Sólo la prevalencia de lo genocéntrico sobre lo egocéntrico otorga racionalidad biológica a tales conductas.

Los seres humanos –ya lo decíamos– también somos seres vivos. Como tales, igualmente disponemos de ambos tipos de inclinaciones y sus respectivas expresiones sensibles: el hambre, la sed, el dolor, por un lado, y la atracción sexual, los instintos maternos, por otro. Pero los instintos son claramente insuficientes para garantizar, en el caso del ser humano, los

procesos de auto-reproducción, tanto a nivel individual como colectivo. El hecho mismo de que el hombre sea el ser vivo más libre y creativo en relación con su información genética, que su naturaleza sea no sólo biológica, sino también social, que como tal sea un producto histórico siempre distinto, atendido a su contexto cultural, y que conviva en una cada vez más complicada red de relaciones sociales que hoy, por ejemplo, ha alcanzado dimensiones globales, todo esto hace que necesite otro tipo de medio para lograr una adecuada reproducción de su vida individual y social y para poder compatibilizar lo egocéntrico y lo genocéntrico. Los valores cumplen esta función. Son ellos una construcción social que tiene como fin normar y guiar la conducta del hombre, algo absolutamente necesario si tenemos en cuenta que esa conducta está basada en la voluntad propia y en la libre determinación de los sujetos en un mundo cada vez más complejo. Sin la fuerza reguladora de los valores, el libre albedrío del accionar humano conduciría a un estado caótico que rápidamente daría al traste con la vida humana misma. Los valores, entonces, suplen y complementan en la sociedad la función que en otras especies desempeñan fundamentalmente los instintos, en particular, los relacionados con la propia autoconservación del individuo y de la especie.

En los animales la información necesaria para una adecuada adaptación al medio se obtiene de los genes y de los reflejos condicionados, vinculados estos últimos a la experiencia individual. Ello les resulta suficiente para garantizar sus procesos autopoiéticos y satisfacer sus requerimientos ego y geno céntricos. En el caso del ser humano se necesita además otra forma de experiencia, la acumulada históricamente por las generaciones precedentes, y otro mecanismo -social por su naturaleza- que permita la socialización de esa experiencia y de los valores a ella asociados: la educación.

La educación es, entonces, el proceso mediante el cual se produce la socialización del individuo, su inserción en el medio que, en el caso del ser humano, es de naturaleza predominantemente social. Mediante la educación el individuo humano se apropia de la historia social de su especie a través del prisma particular que representa la cultura en la que se inserta.

Nótese que aquí estamos entendiendo la educación en su sentido más amplio, no reductible al proceso de enseñanza-aprendizaje que se realiza

en la escuela. La escuela representa una institución social especializada en la función de educar, pero está lejos de ser la única fuente educativa de la que se nutre el individuo en formación. La educación comienza desde el propio nacimiento –algunos señalan que desde el período intra-uterino- y no termina nunca, mientras el individuo viva. Por supuesto que en el desarrollo ontogenético, los años que se corresponden con la infancia, la adolescencia y la etapa juvenil son, por ese orden, los más importantes desde el punto de vista educativo, pertenecen al período diseñado genéticamente y, en consecuencia, también socialmente, para el crecimiento y maduración del individuo desde el punto de vista físico, psicológico e intelectual, en un contexto social, humano, que resulta imprescindible para que ese crecimiento y maduración se produzcan. La familia, el barrio, el grupo generacional, las instituciones y comunidades religiosas o de otra índole a las que los niños y jóvenes se integran, los medios de comunicación masiva –con destaque protagónico hoy para la TV y los video-juegos– son todos factores que influyen educativamente en la formación del individuo, amén de la lógica influencia que éste recibe desde la escuela, cuyo designio fundamental consiste precisamente en educar. Pero lo que queremos decir es que en la sociedad prácticamente todo, de una u otra forma, educa, lo haga bien o lo haga mal. Y esto es un elemento muy importante a tener en cuenta cuando pensamos el asunto de la relación entre la educación y los valores.

Los valores son uno de los componentes básicos de cualquier proceso educativo. Desde su nacimiento el individuo está recibiendo información no sólo acerca de cómo es el mundo, sino también de cómo debe relacionarse con él. Desde que el niño pequeño obtiene de sus padres u otros familiares las primeras nociones de lo que debe o no debe hacer, está aprendiendo las exigencias básicas de la vida en sociedad en la misma medida en que él mismo se va socializando. Comienza así el proceso de incorporación de valores que es parte consustancial del desarrollo de su personalidad. Se trata de los valores vigentes en su ambiente cultural, resultado de la historia social precedente que, en forma de compendio histórico, se trasmite por vía educativa de padres a hijos, de generación a generación.

Claro que este proceso ininterrumpido de asimilación de valores por vía educativa atraviesa etapas, cada una de las cuales tiene sus propios atributos en correspondencia con el momento del desarrollo ontogenético en que se encuentre el individuo en formación. Una característica básica de los primeros estadios del desarrollo valoral en el niño es el nítido predominio del egocentrismo, aspecto éste sobre el que Jean Piaget llamó reiteradamente la atención (J. Piaget, 1965, *El lenguaje y el pensamiento en el niño*, Buenos Aires, Paidós, y 1984, *La representación del mundo en el niño*, Madrid, Morata).

El egocentrismo responde aquí, como en cualquier ser vivo, a una necesidad autopoietica. Su prevalencia se debe a la extrema fragilidad con que el nuevo ser humano viene al mundo. La máxima prioridad en este período inicial de la existencia radica en la conservación de la vida propia del individuo, en el aprendizaje de aquellas normativas y valores que le garantice la sobrevivencia, el reconocimiento de los peligros que pueden acecharle y de las acciones necesarias para mantener la vida. Es la etapa en que más dependiente es el individuo del contexto humano que le rodea, pero es a la vez la etapa en que su misión autopoietica fundamental radica no en velar por su especie, sino, ante todo, por sí mismo.

Pero el exacerbado egocentrismo no ha de ser el sello definitivo del ser humano. Como en cualquier ser vivo, éste —el egocentrismo— no desaparece a lo largo de la vida, pero cada vez más tiende a coexistir e interactuar con otras inclinaciones que, por tratarse del hombre y por la naturaleza social de éste, más que genocéntricas podríamos calificar de sociocéntricas. La creciente actitud de protección y defensa de la prole tiene como primer y más inmediato destinatario a la familia en tanto forma primaria de organización humana y célula comunitaria existente en cualquier tipo de sociedad. El sentido de responsabilidad con la familia crece durante la vida y se hace vital sobre todo cuando el individuo asume su rol de padre o madre.

Sin embargo, el sociocentrismo no puede tener como horizonte último a la familia. El ser humano no vive sólo en familia, sino también en marcos sociales cada vez más amplios que han ido creciendo y complejizándose a lo largo de la historia y que han adquirido hoy, en cierta dimensión suya, un alcance global. Más allá de lo familiar, lo sociocéntrico se asocia en sentido ascendente a lo grupal, lo clasista, lo regional, lo nacional, lo global.

Y es que, a diferencia de los animales, en los que las acciones genocéntricas no van mucho más allá de sus relaciones con sus crías, con su contraparte sexual o con su manada, en el caso del hombre, las consecuencias directas e indirectas de sus acciones han ido adquiriendo un creciente alcance social a lo largo de la historia pudiendo llegar a afectar directamente, como se evidencia en el mundo de hoy, a la humanidad misma.

Más que en el caso del egocentrismo, los valores adquiridos desempeñan un papel protagónico en la realización de las potencialidades socio-céntricas del individuo, en el grado de su alcance, en el modo y la dirección que asuman. El papel de la educación se acrecienta notablemente en este caso. El instinto de autoconservación propia es una especie de garante para la rápida asimilación de las influencias educativas que tienen como propósito lograr la sobrevivencia individual del niño. Sea porque se comprendan, sea porque se experimenten en carne propia las consecuencias negativas de su no cumplimiento, las normativas que buscan proteger la vida individual tienen por lo general una rápida asimilación en el educando. No sucede lo mismo con las normas y valores que pretenden conseguir una adecuada convivencia del individuo en sociedad. Por esa razón no es usual encontrarnos con individuos que no hayan desarrollado hasta cierto nivel deseable su egocentrismo. Es mucho más frecuente, por el contrario, toparnos con individuos socialmente irresponsables. Que no lo sean depende directamente de la educación y de los valores que a través de ella se les logre transmitir.

Pero la educación, reiteramos aquí, no responde sólo a ciertos patrones pedagógicos universales, realizables en el marco escolar. La educación, en su sentido más general, es una derivación directa del tipo de sociedad que el individuo habite y de las exigencias concretas que a él como ser humano le haga. Por esa razón, más allá de ciertas normativas pedagógicas que pueden llegar a generalizarse por vía institucional incluso, hipotéticamente hablando, a nivel de todo el planeta, siempre el contexto social y cultural específico marcará la distinción particular de cada proceso educativo y el ser humano resultante del mismo. En otras palabras, cada cultura, cada sociedad, educará de una manera distinta aunque se proponga no hacerlo.

Es por esa razón que cabe hablar de una educación explícita en valores, relacionada con una intencionalidad pedagógica realizable fundamentalmente en la escuela como institución social, y una educación implícita, referida a los influjos educativos que de manera no siempre intencional, de modo a veces indirecto, recibe espontáneamente el educando de su contexto social y sus múltiples expresiones, es decir, de aquella otra fuente que la imagería popular ha bautizado sabiamente como “escuela de la calle” o “escuela de la vida”.

Los dictados valorativos que el niño o joven recibe desde el discurso pedagógico institucionalizado, por un lado, y los que recibe desde la praxis cotidiana de la vida real, por otro, pueden no coincidir y estar incluso en contradicción. Esta posible no coincidencia, sobre todo cuando es ignorada por el maestro, le resta efectividad a su labor educativa y, en muchos casos, genera en los educandos lo que es conocido como “doble moral”: en ciertas circunstancias piensan y actúan atentos a ciertos valores y en otras a sus contrarios. Desde el punto de vista conductual tal situación conduce con frecuencia a la simulación, el engaño, la teatralización de la conducta: el educando actúa como si en verdad hubiese asimilado ciertos valores, cuando en realidad no lo ha hecho.

Debido a que el individuo desde el punto de vista valoral se forma sólo parcialmente en la escuela, resulta muy importante que el maestro, la escuela, las instituciones interesadas en la educación en valores, tomen en cuenta todo el espectro de influencias valorativas que el educando recibe desde su medio social y sean conscientes del carácter limitado de su acción educativa particular. El chico que llega a la escuela no es una *tábula rasa*, ni un *conejillo de Indias*, aislado del mundo; es una compleja personalidad en formación, sometida a múltiples influjos valorativos. La educación en valores será tanto más efectiva en la medida en que esto sea tenido en cuenta por el educador.

Es frecuente constatar cómo se le achacan unilateralmente a la educación escolar los males sociales existentes en determinado contexto. Si hay delitos, si hay drogas, si hay violencia, es porque la escuela no ha realizado bien su papel, se piensa en estos casos de manera un poco simplista. Se cree entonces que la solución total está en las reformas educacionales en la

escuela. La educación escolar es, por supuesto, muy importante y desempeña un papel esencial en la transmisión de valores. Pero la escuela no debe ser entendida ni como el chivo expiatorio ni como la solución mágica de todos los problemas sociales.

Ya lo decíamos, todo en la sociedad educa, mal o bien, y todo transmite valores, sean éstos verdaderos valores o pseudos valores, incluso antivalores vestidos de valores. Por consiguiente, resulta esencial no sólo plantearse el asunto de cómo educar valores, sino también otro tal vez más importante: ¿qué valores educar? También la escuela puede estar inculcando, aun de manera inconsciente, valores negativos haciéndolos pasar como positivos. A fin de cuentas, la escuela forma parte de la sociedad y es un reflejo suyo, por lo que no es de extrañar que pueda reproducir sus vicios e inadecuados conceptos.

En las escuelas norteamericanas, por ejemplo, es usual encontrarse con mensajes valorativos que tienden a exaltar la grandeza y superioridad de los Estados Unidos en relación con el resto del mundo. La convicción de ser un pueblo elegido de Dios con una misión ecuménica que cumplir en el planeta se trasmite a los educandos a través del contenido de clases como las de historia y geografía, los juegos, las canciones y otras vías, amén de los mensajes que con igual efecto reciben esos mismos educandos fuera de la escuela a través de los video-juegos, las películas de Hollywood y los noticiarios. Es cierto que el patriotismo es un valor que debe desarrollarse en la escuela y por otros medios, pero no a expensas de ningunear o minusvalorar a otros pueblos, no exaltando el nacionalismo estrecho, mucho menos incentivando un chovinismo que puede inducir el desprecio por los otros. Que algo así ocurra en los Estados Unidos es, por supuesto, entendible, aunque para nada justificable. ¿De qué otra manera podría ese país garantizar, digamos, el apoyo interno necesario a sus aventuras bélicas por el mundo? La insuficiente resistencia que ofreció la opinión pública norteamericana a la ilegal guerra contra Irak, montada espectacularmente sobre un motivo falaz —la supuesta existencia de armas de exterminio masivo y de relaciones con Alcaeda— sólo podría ser entendida en un pueblo mayoritariamente educado bajo pseudovalores patrioterros. Cuando al interior de la sociedad norteamericana se han levantado voces

contra la guerra, una buena parte de ellas lo han hecho bajo el argumento de evitar más bajas propias y no evaluando el costo en vidas humanas, exponencialmente superior, que esa aventura trágica ha traído para otros pueblos. Es doloroso reconocerlo, pero así es, y ello no es más que el resultado de la educación que por vía escolar y no escolar ha recibido el norteamericano medio.

Hemos centrado nuestra atención aquí en un par de aspectos básicos de la educación en valores, que no son, por supuesto, los únicos, pero sí en sí mismos muy importantes y a veces soslayados. De lo que hemos expuesto hasta aquí queda entendido que una adecuada educación en valores necesita:

En **primer lugar**, un determinado nivel de sintonía entre los valores que trasmite la escuela y los que dicta la vida. A veces es más necesario transformar la vida que transformar la escuela. Una buena escuela en un mal contexto social puede, por supuesto ayudar, intentar ser un antídoto, y siempre será preferible a una mala escuela, pero no puede solucionar sola los males sociales. Una vez transformada la sociedad en el sentido que los valores reclaman, entonces sí pasa a un primer plano, por su importancia, la calidad de la educación en valores en la escuela.

En **segundo lugar**, una educación deseable requiere que aquellos valores que de uno y otro lado se transmiten sean verdaderos valores y no pseudo o anti valores. ¿Y cómo orientarse en este último sentido? Por supuesto que cada sociedad y cada cultura pueden tener sus propios propósitos valorativos, muchas veces válidos y legítimos aunque no concuerden plenamente entre sí. Las diferencias culturales no son en sí mismas algo negativo, sino todo lo contrario, forman parte de la riqueza patrimonial de la humanidad, algo que vale la pena se preserve y reproduzca a través de la educación. Pero en lo que sí deben coincidir las diferentes culturas es en el uso de ciertos criterios límites universalmente válidos para definir lo valioso. Es cierto que somos todos muy distintos, pero por diferentes que seamos no dejamos de tener algo en común: somos seres humanos, pertenecemos a la misma especie y habitamos el mismo mundo global que es nuestra casa común.

CONCLUSIÓN

A fin de cuentas, somos seres vivos autopoiéticos que tenemos en los valores el modo específicamente humano de orientarnos en la realización de nuestras funciones ego y geno céntricas. Por tal razón, el criterio último de lo valioso no puede ser otro que el propio ser humano y su vida. Ese es el designio fundamental de los valores: apuntar a lo que el ser humano necesita para vivir, para vivir ante todo, por supuesto, en un sentido biológico, pero no sólo en ese sentido. La vida humana es mucho más que biológica, es social, es cultural, es espiritual. Reclama no sólo un intercambio metabólico adecuado con el medio, sino también dignidad en su trato, solidaridad, igualdad, justicia, respeto a sus derechos y sobre todo a su derecho a reproducirse como vida y hacerlo lo más plenamente posible. Nada puede ser más importante desde el punto de vista axiológico que el propio ser humano. Es él el que le da sentido a todos los valores.

Al mismo tiempo y al igual que en otras especies, la vida genérica del ser humano es superior en jerarquía axiológica a la de cualquiera de sus individuos. Aquí también lo genocéntrico debe prevalecer sobre lo egocéntrico en todos los casos en que pueda haber una relación conflictual entre ellos. La jerarquía de lo valioso aumenta mientras mayor es el alcance social de lo humanamente significativo. No puede considerarse verdaderamente valioso aquello que satisface los intereses egocéntricos de determinados individuos o grupos, pero atenta contra la vida de otros individuos, grupos o la humanidad en su conjunto. Ningún individuo, ni ningún grupo, ni ninguna nación, puede ser más importante que la humanidad. Por esa razón, no cabe justificar las guerras imperiales aduciendo un patriotismo que de esta manera termina por ser un falso valor, ni es desde el punto de vista axiológico totalmente adecuado asumir una actitud contraria a la guerra sólo para evitar las bajas propias. La vida de un iraquí es tan valiosa como la vida de un norteamericano.